

# Reencuentro feliz con Montilla

1996 rA 25

**Teodoro HAMPE MARINEZ**

Tres años después de la primera visita, Montilla se me aparece como un lugar enteramente familiar, por cuyas estrechas calles paseo con la mayor naturalidad. La "ciudad del vino" (como le llama la folletería turística) está situada en el corazón de la zona agrícola de Andalucía, unos 45 kilómetros al sur de Córdoba. Por la autopista que recorre este trecho atravesamos el pueblo de Fernán Núñez, otrora cabeza del mayorazgo de los Gutiérrez de los Ríos, y observamos de cerca el castillo de Montemayor, propiedad hasta hace poco de los duques de Frías.

Tales referencias hacen más fácil entender el marco social propio de Montilla, lugar que perteneciera a su vez al dominio de los Fernández de Córdoba, marqueses de Priego y condes de Feria. Lo que me interesa particularmente es reconstruir la vida urbana hacia la década de 1560, cuando el Inca Garcilaso de la Vega se asentó en Montilla y cuando ésta representaba un núcleo privilegiado de misticismo y espiritualidad, gracias a la presencia de San Juan de Avila, el famoso maestro de santos y apóstol de Andalucía. Hasta hoy se ha conservado en la ciudad el trazado irregular de las callejas medievales, aunque queda bastante poco de los edificios antiguos. Una placa colocada en el frontispicio del Ayuntamiento señala que en 1911 (mediante un empréstito cubierto por el vecindario) se adoquinaron las calles de Fuente Alamo, San Francisco Solano, Corredera, Puerta de Aguilar, General Jiménez Castellanos y un par más, que forman el casco viejo de la población.

Sobre la calle Corredera está la iglesia de la Encarnación —antaoño hospital y colegio para la formación de jesuitas— que contiene en su altar mayor la sepultura de San Juan de Avila. Hay que tener en cuenta, por cierto, que Miguel de Cervantes escenificó en ese

hospital de la Encarnación montillano el episodio principal de su *Coloquio de los perros*, haciendo intervenir a la afamada bruja Camacha. Siguiendo la Corredera hasta su fin llegamos a la Plaza de la Rosa, un amplio espacio de reunión pública, donde se encuentra el Teatro Garnelo, construcción de principios de siglo de postizo estilo barroco y fachada de amarillo pastel, que en marzo de 1950 acogió una brillante conferencia de Raúl Porras Barrenechea; aquella vez el diplomático e historiador peruano expuso las primicias de su trabajo de investigación en los archivos notariales, capitulares y parroquiales de Montilla.

El hallazgo más importante de Porras fue sin duda la ubicación del hogar donde viviera el Inca Garcilaso. Este es un edificio de dos plantas, de aspecto noble aunque austero, con ventanas y balcones enrejados, que se encuentra en la calle del capitán Alonso de Vargas (nombrada así en recuerdo del tío que diera acogida al Inca). Una grande lápida de mármol con las armas de la República del Perú manifiesta solemnemente el homenaje que rendimos nosotros, sus lejanos compatriotas, al "varón insigne y piadoso, egregio por la sangre e ilustre por sus obras literarias y hazañas". Aquella casa fue donada a la ciudad de Montilla en 1957 por el VII Conde de Cortina y restaurada luego a expensas del municipio local, a fin de que sirviera como sede de exposiciones y reuniones académicas.

La población del siglo XVI estaba levantada sobre una colina que tenía su remate en el castillo —hoy derruido— de los señores locales, los Fernández de Córdoba. Bajando la cuesta por la calle de San Luis damos con los confines de Montilla por entonces, que correspondían al inmenso convento de Santa Clara, una joya de la arquitectura religiosa andaluza.

En el lado opuesto de esa recogida vecindad, subiéndolo por la calle del Gran Capitán, se llega a los pies de la iglesia de Santiago, la parroquia matriz de la

villa. Exenta de la soberbia torre que hoy la adorna, la iglesia lucía en tiempos de Garcilaso una fachada simple de piedra blanca. Al fin, trepando a lo alto del promontorio que domina la ciudad, observamos una portada con alta rejería de hierro y escudo labrado de los marqueses de Priego: muda reminiscencia de las épocas en que Montilla era un nudo de relaciones feudales, de subordinación vasallática, con gentes ubicadas tanto social como topográficamente en alta o baja esfera.

Estas reminiscencias, que anoto como testimonio de un afortunado reencuentro y paseo por la "ciudad del vino", se deben a la invitación que recibí del Ayuntamiento de Montilla para asistir a las VI Jornadas internacionales del Inca Garcilaso, las cuales tuvieron lugar en la histórica residencia del escritor mestizo los días 11, 12 y 13 de setiembre. El tema escogido para la reunión fue esta vez *Cosmovisión indígena en Mesoamérica y los Andes*, con la intervención de catorce ponentes de primera categoría, especialistas en el pensamiento e ideología de las altas culturas amerindias. Los temas más directamente conectados con el mundo andino estuvieron a cargo de María Rostrowski, Luis Millones, Juan M. Ossio, Anne-Marie Hocquenghem, Tom Zuidema, Pierre Duviols y José Alcina Franch.

Ello significa de hecho que continúan vigentes los tradicionales lazos de comunicación entre Montilla y el Perú, cuyos orígenes se remontan al siglo XVI. Las bases institucionales para el florecimiento de este vínculo están dadas mediante la voluntad de proseguir con las Jornadas garcilasistas y, además, mediante la existencia paralela de los "Amigos del Perú" en Montilla y los "Amigos de Montilla" en Lima. Hay, pues, buenas razones para suponer que este peculiar contacto cultural y afectivo de tantas centurias superará largamente la barrera del nuevo milenio. ¡Enhorabuena!